



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

Marzo - Abril 2025

Índice n° 2/2025

- | | | |
|----|---------------------------------------|-------------------------|
| 2 | El ABC del cristiano | <i>G. André; Ch. F.</i> |
| 6 | Respetos mutuos | |
| 11 | La mansedumbre y la ternura de Cristo | |
| 12 | Este pan tan liviano | <i>E. Dennett</i> |
| 16 | Hechos aceptos en el Amado | <i>Hg. Brockhaus</i> |

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

El ABC del cristiano

(Viene de la página 10 del n° 1/2025)

Sembrar con lágrimas

“Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas” (Salmo 126:5-6).

¿Qué privilegio nos da el Señor cuando pone en nuestro camino la oportunidad de sembrar! “La semilla es la palabra de Dios” (Lucas 8:11), y es la semilla la que debemos difundir. “Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tu mano” (Eclesiastés 11:6).

Empezar es fácil. Hay ánimos en el camino. El entusiasmo del principio nos hace superar las dificultades y los obstáculos. Pero hay una experiencia que tarde o temprano deben hacer todos aquellos de nosotros que, en el secreto de su corazón, han escuchado el llamamiento del Maestro a sembrar para él. Sacrificaron su tiempo, sus afectos, o incluso su profesión, y experimentaron, al servicio del Señor, que trataban con un Maestro tierno y bueno, que sabía devolver el ciento por uno a todos los que renunciaban a algo por él. El tiempo pasó... y las lágrimas llegaron. Las dificultades, la desilusión,

los reproches de personas bien intencionadas que quizá no entendían la verdadera obra del sembrador, la ingratitud o las graves caídas entre aquellos por los que más se había hecho, la fatiga, el cansancio... el desánimo se apoderó del corazón, y el enemigo se aprovechó de ello para intentar apartar definitivamente de la obra del Señor a los que antes habían entrado en ella con alegría.

Pero la Palabra nos dice: ¡“Los que sembraron con **lágrimas**”! Si nuestro salmo asocia el trabajo de “los que sembraron” con lágrimas, es porque así es en este mundo. ¿Fue diferente para nuestro amado Salvador? No, el siguiente versículo nos recuerda: “Irá andando y llorando **el** que lleva la preciosa semilla”. ¡“Llorando”! ¡Cuántas lágrimas en su camino! ¡Cuántas penas, cuánta oposición! Al final del camino ¿no le oímos decir por boca del profeta: “Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas” (Isaías 49:4)?

¿No es esto un profundo estímulo para nuestras almas? Si hacemos una aplicación práctica de los últimos versículos de este salmo 126 (dejando de lado por el momento su sentido profético), vemos que “los que sembraron” no están solos. Tienen ante sus ojos a quien, mucho antes que ellos, conoció las lágrimas al recorrer los caminos de la tierra como sembrador divino. Es un privilegio sembrar para él; pero

¿no es también un privilegio experimentar las “lágrimas” que él mismo encontró tan a menudo? ¿Debemos desanimarnos si todo parece irse al revés, si todo parece haber sido “en vano y sin provecho”? No, porque en cuanto a él, “mi causa está delante de Jehová, y mi recompensa con mi Dios” (Isaías 49:4). “Considerad a aquel que sufrió tal contradicción... para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar” (Hebreos 12:3).

Hay más. La siembra es el presente; la cosecha es el futuro. “Los que **sembraron** con lágrimas, con regocijo **segarán**”. Hay que dar tiempo a la semilla para que germine y crezca. Tal vez algunas espigas vengan ya a alegrar nuestros corazones en la tierra, pero ¿cómo será el día de la gloria cuando todo se manifieste? ¡Qué regocijo cuando el Señor venga y pueda decir: “Bien, buen siervo y fiel...” (Mateo 25:23)! ¡Qué compensación por las lágrimas de la siembra!

Y en este gozo no estaremos solos. Sin duda nuestro gozo será grande, pero ¿cuál será el suyo? “Volverá a venir con regocijo”. Dejó el cielo una primera vez para venir a acabar la obra que el Padre le había dado. En la humildad fue “fuerte y valiente... poderoso en batalla”, venció a la muerte, y para él se alzaron las puertas eternas cuando volvió a la gloria (Salmo 24:7-8). Volverá para llevarse a sus redimidos. Qué alegría será cuando,

con todos sus “ejércitos” (v. 10), entre de nuevo en la casa del Padre. Una segunda vez las puertas eternas se abrirán de par en par (v. 9) y el Rey de la gloria entrará para presentarse ante el Padre, diciendo: “He aquí, yo y los hijos que Dios me dio” (Hebreos 2:13). Felicidad infinita, alegría eterna, el día de la alegría de su corazón. Y esta alegría, nosotros que en la tierra habremos compartido las lágrimas con él, también podremos compartirla por la eternidad.

No obstante hay algo que no compartiremos. La siembra, las lágrimas, los cantos de alegría son para nosotros. Pero no las gavillas. Son “**sus** gavillas”. “Mas volverá a venir con regocijo, trayendo **sus** gavillas”. ¿Quién de nosotros diría que el fruto es suyo? Las gavillas no son nuestras; le pertenecen a él. Es el fruto del trabajo de su alma. Es el fruto que el grano de trigo, al caer en la tierra, trajo por su muerte. Pero, ¿no llena nuestro corazón de una alegría mucho más dulce y profunda saber que tendrá aquello por lo que tanto sufrió?

En el día de la cosecha, las lágrimas que hoy son tan dolorosas se olvidarán. Por eso: “No nos cansemos... porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gálatas 6:9). Guardemos en nuestro corazón estos preciosos ánimos: las lágrimas, él las conoció; el canto de alegría, lo compartiremos con él; y

en cuanto a las gavillas, el fruto de esa semilla sembrada con él y para él en los surcos de la tierra, son suyas. Las adquirió con la sangre de su cruz.

G. André

La vida cristiana

“A él oíd” (Marcos 9:7).

“María... sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra” (Lucas 10:39).

“Puestos los ojos en Jesús” (Hebreos 12:2).

“Los he enviado al mundo” (Juan 17:18).

“Me seréis testigos” (Hechos 1:8).

“Aprendan también los nuestros a ocuparse en buenas obras” (Tito 3:14).

La Palabra de Dios nos enseña —como demuestran los versículos citados anteriormente, entre otros muchos— que la vida cristiana tiene un doble aspecto: es a la vez contemplativa y activa.

En primer lugar, **contemplativa**: solo podemos dar si hemos recibido, solo podemos actuar si hemos meditado y orado. Esto se ilustra admirablemente con las palabras del Señor sobre la vid (Juan 15:4). El pámpano está llamado a llevar fruto, pero solo puede hacerlo si permanece en la vid; solo entonces recibirá la savia que necesita. Del mismo modo, el creyente

está llamado a llevar fruto, pero solo lo puede si permanece unido a la vid divina; de lo contrario, solo es un pámpano inútil, incapaz de producir nada por sí mismo.

Mientras no vivamos en la presencia de Jesús, a menudo estaremos demasiado ocupados con nosotros mismos y con el mundo que nos rodea. Si, en cambio, nos sentamos a sus pies como María y le oímos, dejaremos de hacernos ilusiones sobre nosotros mismos y nuestro propio valor. Puestos ante esta Persona santa y pura, podremos bajar al fondo de nuestro corazón, para leer lo que podemos ocultar de nosotros mismos, para vernos tal como somos por naturaleza, y para hacer el juicio sincero y severo de nuestros pensamientos y acciones, sin el cual no hay vida cristiana digna de ese nombre. Entonces seremos capaces de guardar silencio y poner nuestros ojos en el Señor y dejar que sea él quien hable. Y ¡cuánto aprenderemos a los pies de semejante Maestro! En primer lugar, nos enseñará a conocerle mejor, así como sus perfecciones humanas y divinas. No hay límite para este conocimiento y esta contemplación que harán que el bendito Objeto de nuestra fe nos sea cada vez más querido. También nos enseñará a juzgar todas las cosas a su luz, no a la nuestra, y nos asombraremos, y ojalá nos entristezcamos, al ver cuántas veces, sin sospecharlo, hemos actuado según los principios

de este mundo. Esta comunión con el Señor, diariamente practicada, diariamente renovada, nos «vaciará», por así decirlo, de nosotros mismos, para llenarnos de él y de su Espíritu.

Entonces, y solo entonces, podremos **actuar** como él quiere que lo hagamos, cumpliendo, al menos en cierta medida, la enseñanza del segundo grupo de versículos al principio de este capítulo: es decir, «ser testigos de aquel que nos envió a este mundo para ocuparnos en buenas obras».

Como testigo de Jesucristo, el primer deber del creyente es hablar de él. ¡Un deber importante y precioso! Pero no es el único. Incluso hay circunstancias en las que es mejor que nos callemos: cuando nuestra vida no está en armonía con la enseñanza del Evangelio. ¿Qué bien podemos hacer, por ejemplo, si hablamos del Señor a una persona en apuros materiales, a la que, al mismo tiempo, le cerramos la cartera? No nos equivoquemos: el mundo nos conoce mucho mejor de lo que creemos. Nos juzga con severidad —y con razón— cada vez que discierne incoherencias en nuestra conducta.

Nuestro testimonio debe manifestarse en nuestra vida más que en nuestras palabras. Es relativamente fácil hablar el lenguaje cristiano, es mucho más difícil **vivir** una vida cristiana, y sin embargo eso es lo más importante. Y esta vida, una vez

más, solo es posible si aprendemos a contemplar y oír a nuestro modelo divino cada día, para parecernos a él. Ahora bien, ¿por qué se ha caracterizado más visiblemente aquí en la tierra, sino por el amor? El amor es “el cumplimiento de la ley”; es también la esencia del mensaje evangélico. ¿Es esto realmente lo que buscamos en nuestra vida diaria? La pregunta es muy importante. Escuchemos al amado apóstol: “Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino **de hecho y en verdad**” (1 Juan 3:18). Leamos y releamos el capítulo 13 de la primera epístola a los corintios. Veremos entonces que el cristianismo no es principalmente una doctrina, sino una vida, una vida que se consume en el amor.

En contacto con el amor divino, aprenderemos a ser humildes, no solo hacia Dios, sino también hacia las personas, juzgándonos a nosotros mismos en lugar de a los demás. Si damos a aquellos a quienes hablamos la impresión de que nos creemos superiores a ellos, les haremos daño y lo que digamos no será una bendición para ellos. El orgullo religioso es la forma más triste de orgullo: huyamos de él. En contacto con el amor divino, aprenderemos a amar a **todos** los cristianos: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:35). También aprenderemos a amar a las personas del mundo con las cuales

entramos en contacto (pero no sus costumbres). Y este amor, como el que nos une a todos los creyentes, lo mostraremos, no de palabra solamente, “sino de hecho y en verdad”, sabiendo gastarnos por los demás, sacrificando por ellos nuestra propia comodidad y egoísmo, soportándolos y, si es necesario, aceptando sin venganza los agravios que nos hagan. Así seremos testigos fieles de quien fue la personificación misma de la humildad y el amor.

Ch. F.
(Continuará)

Respetos mutuos

Romanos 14 y 15:1-7

Diferentes estados de crecimiento espiritual (14:1-3)

Durante los primeros tiempos del cristianismo hubo serias dificultades respecto a la comunión entre los creyentes. Algunos de ellos eran de origen judío y otros venían de países paganos. En ambos casos, sus antiguas costumbres y las enseñanzas que habían recibido seguían marcando fuertemente sus vidas y podían ser un obstáculo para la plena aceptación de la verdad cristiana. Aquellos

que han sido criados en países donde el cristianismo está bastante difundido tienen dificultad para entender los obstáculos casi insuperables que existían en el principio para la comunión entre los judíos y los gentiles en la Iglesia de Dios.

Constantemente se planteaban cuestiones sobre lo que podía o no comerse, y sobre los días particulares que debían observarse. Para responder a estas dificultades, el apóstol, guiado por el Espíritu, fue llevado a dar una enseñanza sobre este tema.

No pensemos que la necesidad de esta instrucción ha cesado. Problemas similares pueden existir hoy. Los principios aquí enunciados son de suma importancia, y probablemente no hay ninguna reunión de creyentes en la que esta enseñanza sea inútil. La necesidad de tener respeto mutuo es constante. Entre los hijos de Dios siempre habrá quienes tengan más luz que otros. Algunos tienen más libertad, otros disfrutan más de la liberación de la ley, mientras que varios están en mayor o menor medida apegados a las reglas de esta.

No menospreciar, no juzgar (14:1-4)

Echemos un vistazo más de cerca a las diversas exhortaciones expresadas por el apóstol sobre el respeto entre los hermanos, entre aquellos llamados “los fuertes” y “los débiles”. Los fuertes eran los

que habían comprendido plenamente la libertad cristiana; los débiles eran los que todavía se sentían obligados a respetar las prescripciones de la ley de Moisés. “Uno cree que se ha de comer de todo”, mientras que “otro, que es débil, come legumbres” (v. 2). ¿Deben estos dos creyentes discutir por esto? ¡No! “El que come, no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come; porque Dios le ha recibido” (v. 3). El que es débil en la fe debe ser recibido por el fuerte, y el fuerte por el débil, porque ambos son igualmente objetos de la gracia de Dios.

Este principio nos muestra cuán atentos debemos estar a los escrúpulos de nuestros hermanos y hermanas en la fe, y cuán lentos debemos ser a la hora de juzgar a aquellos que tienen más libertad que nosotros. El apóstol subraya así el principio de la responsabilidad personal, para que no juzguemos “al criado ajeno” (v. 4). Esto no significa que no debamos expresar un juicio sobre las cosas que son claramente anti-escriturales, sino que debemos evitar criticarnos mutuamente, ya sea sobre cuestiones relacionadas con la libertad cristiana o sobre cosas que nos negamos hacer porque nuestra conciencia —quizás por falta de luz— no nos lo permite. En ambos casos, el “criado... está en pie, o cae” para su propio Señor; y el que actúa ante Dios “estará

firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme” (v. 4).

Estar plenamente convencido en su propia mente (v. 5-9)

La siguiente exhortación está relacionada con la observación de los días, pero tiene un alcance general. Al respecto, el apóstol escribe: “Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente” (v. 5). Se trata de mantener una buena conciencia y de hacer todas las cosas “para el Señor” (v. 6), sea en cuanto al alimento, o en cuanto a la observación de los días. Puede que alguien tenga una convicción errónea, pero si realmente actúa para el Señor y ante él, está bien.

A partir de ahí, el apóstol amplía su tema y afirma que “ninguno de nosotros vive para sí” y que “ninguno muere para sí” (v. 7). Vivimos o morimos “para el Señor”. Cualquier cosa que hagamos, debemos recordar que somos del Señor. ¡Llevar el yugo del Señor sobre nosotros en cada circunstancia de nuestra vida, es la verdadera libertad! Pero para realizar esto, es necesario conocer la liberación de la que habla Pablo, cuando dice: “La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (8:2). El fundamento de todo esto es la muerte y resurrección de Cristo, “para ser Señor así de los muertos como de los que viven” (14:9). Él

está por encima de todo; y en su posición de supremacía, pide nuestra sumisión, en razón de su amor, y así pone en nuestros corazones el deseo de hacer todas las cosas como para él. Esto nos acerca no solo al Señor sino también los unos a los otros. Él es nuestro vínculo de comunión.

Compareceremos ante el tribunal de Cristo (v. 10-12)

El apóstol nos recuerda que aún no ha llegado el día de poner en orden todas las cosas: “Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo” (v. 10). Recordar esto nos guardará de juzgarnos unos a otros y nos conducirá a abandonar todas estas cuestiones al Juez infalible. En este sentido decía el apóstol, cuando era juzgado por otros: “Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros... pero el que me juzga es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo” (1 Corintios 4:3-5).

Cuando tenemos la tentación de juzgar a nuestros hermanos, o somos juzgados por ellos, permanezcamos pacientes, con la certeza de que “cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí” (v. 12). El apóstol nos dice en otro lugar: “Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que

cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10). Dado que todo el juicio fue entregado al Hijo, el tribunal que se denomina “de Dios” (según nota en la V.M.) en Romanos 14, se llama “de Cristo” en 2 Corintios 5.

Preocuparse los unos por los otros (v. 13-18)

Habiendo definido así el fundamento sobre el cual deben tener lugar nuestras relaciones mutuas, el apóstol continúa subrayando la responsabilidad de tener respeto por nuestros hermanos y hermanas y de no ser para ellos tropiezos u ocasiones de caída. Por ejemplo, podemos tener plena libertad para comer de todo, porque “nada es inmundo en sí mismo” (v. 14), pero si utilizamos esta libertad ante un hermano que no la disfruta, podemos herir su conciencia o animarle a actuar contrariamente a ella. Al hacerlo, no caminamos según el amor. La importancia de este principio es inmensa. Este se destaca porque el apóstol añade: “No hagas que por la comida tuya se pierda aquel por quien Cristo murió” (v. 15), y también por lo que dice más adelante: “No destruyas la obra de Dios por causa de la comida” (v. 20). Esta palabra “destruir” no significa que podamos provocar la perdición de nuestro hermano, sino que, al afirmar nuestra libertad ante

él, podemos actuar de una manera que le cause un grave daño espiritual. Un amor verdadero nos lleva a proteger a nuestro hermano de todo lo que le puede hacer daño, a tener en cuenta su debilidad y soportarla, buscando su edificación e instrucción en la medida de lo posible.

“El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz, y gozo en el Espíritu Santo” (v. 17). Es fácil caer en un cristianismo hecho de apariencias exteriores y perder de vista lo esencial, es decir, el estado del alma. Incluso podemos ser celosos de la libertad cristiana cuando nuestra alma está debilitada por la falta de alimento divino. Si cultivamos la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo, nuestro corazón rebosará de amor hacia nuestros hermanos y hermanas, y esto nos llevará a tener naturalmente las consideraciones necesarias para su debilidad.

En la misma epístola leemos: “No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley” (13:8). Por una conducta que resulta del amor, la ley ya se cumple incluso antes de que sus exigencias sean presentadas. Si es así, en lugar de proclamar nuestra libertad o de hacer valer nuestra opinión, buscaremos el bien de nuestros hermanos y hermanas. Quizás tengamos más luz que ellos, pero si es así, mostrémosla con humildad y busquemos todas las oportunidades de

servirnos los unos a los otros en el amor. “Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es aprobado por los hombres” (14:18).

Seguir lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación (v. 19-23)

Pensando en la conciencia del débil que puede ser herido, el apóstol dice: “Todas las cosas a la verdad son limpias; pero es malo que el hombre haga tropezar a otros con lo que come” (v. 20). Por lo tanto: “Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece, o se ofenda, o se debilite” (v. 21). Si siempre estuviéramos gobernados por este principio divino, la comunión práctica entre hermanos sería mucho mejor. La dureza, la crítica y los juicios carentes de bondad serían reemplazados por la benevolencia, la consideración, la aceptación mutua y el amor.

Alguien preguntará: ¿Pero nunca debemos usar la libertad completa en la que Cristo nos ha puesto? Sí, responde el apóstol: si tienes fe, la fe para usar esta libertad, “tenla para contigo delante de Dios” (v. 22). Úsala en privado, no en público, si sabes que la práctica de esa libertad puede hacer tropezar a un hermano más débil. Sin embargo, si esta libertad se utiliza en lo privado, debe ser siempre “delante de Dios”. El apóstol da entonces una advertencia: “Bienaventurado el que no

se condena a sí mismo en lo que aprueba” (v. 22). Asegurese de que es una libertad cristiana y que la utiliza ante Dios sobre un principio de fe; porque “todo lo que no proviene de fe, es pecado” (v. 23). La libertad puede decaer progresivamente en permisividad y en voluntad propia, y ciertamente conducirá a esto, si nuestra conciencia no se ejercita y no actuamos con fe, bajo la mirada de Dios.

Conclusión (15:1-7)

Al comienzo del capítulo 15, el apóstol finaliza el tema con una conclusión que todos debemos sopesar muy seriamente. Primero: “Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos” (v. 1). Notemos bien el “debemos”. Luego: “Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación” (v. 2). Esto implica la ausencia de toda búsqueda de uno mismo y la entrega total a Cristo, sirviendo a los suyos en plena comunión con él. Por eso se introduce este ejemplo: “Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo” (v. 3). Por una parte nos anima a seguir sus pisadas, y por otra parte nos compromete a dejar de lado el egoísmo que se desarrolla tan fácilmente en nosotros. Si Cristo no buscó agradarse a sí mismo, sino que lo soportó todo en el camino de

humillación en el que “por lo que padeció aprendió la obediencia” (Hebreos 5:8), también nosotros debemos actuar con el mismo espíritu. Solo así podremos ser discípulos fieles.

Luego, después de recordar el valor permanente de las Escrituras, el apóstol expresa el deseo: “Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (v. 5-6). Pablo deseaba intensamente que sean reparadas las brechas que pudieran aparecer en la Iglesia y que se fortaleciera la unidad práctica de los creyentes, para que Dios fuera glorificado en medio de ellos. Esta unidad de corazón era un elemento básico de su alabanza y adoración. Añade además: “Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios” (v. 7). Tomemos a pecho esta exhortación, recordando que es la gloria de Dios la que determina los límites de nuestra comunión fraternal. ¡Que nuestra actitud hacia los demás sea un reflejo de la actitud de Cristo hacia nosotros!

Christian’s Friend

La mansedumbre y la ternura de Cristo

“Os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo” (2 Corintios 10:1), escribe el apóstol Pablo. Estos caracteres de Cristo brillan en casi todas las páginas de los evangelios. Es muy útil meditar en este tema, sobre todo porque pone de relieve el contraste entre lo que el Señor ha manifestado y la dureza propia de nuestro corazón.

El apóstol menciona estos caracteres del Señor para hacer un llamamiento solemne que debe dirigir a los corintios. Estaban en peligro de apartarse de su enseñanza. No habían rechazado del todo su autoridad apostólica, pero ya sea en sus afectos o en la doctrina se habían distanciado de él bajo la influencia de “falsos apóstoles”, “obreros fraudulentos” (11:13). Es en tales circunstancias que Pablo los exhorta a la mansedumbre y ternura de Cristo. Sus oponentes habían afirmado que su “presencia corporal” era “débil, y la palabra menospreciable” (10:10), quizás porque el carácter de su Maestro había brillado en su ministerio. Porque estos rasgos de humildad no convienen a quien pone al hombre en primer lugar, que busca lo que glorifica al hombre. En este texto, antes de dirigirse a los corintios con alguna severidad, el apóstol pone ante todos los corazones el carácter

de mansedumbre y ternura que manifestó Cristo.

El Señor mismo dijo: “aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29). La mansedumbre está ligada a la humildad. En el creyente, la verdadera humildad solo puede provenir de una voluntad quebrantada. Donde la voluntad propia ha sido prácticamente dejada de lado por la disciplina de Dios, habrá mansedumbre. Habrá esa paciencia, esa falta de resistencia frente al mal, que acepta las pruebas y sufrimientos de la mano de Dios. Habrá esta bondad de espíritu y comportamiento hacia todos. Y “un espíritu afable y apacible... es de grande estima delante de Dios” (1 Pedro 3:4).

La voluntad de Cristo nunca tuvo que ser quebrantada, ¡de ningún modo!, porque ella era perfecta. Él había venido a hacer la voluntad del Padre. Siempre vivió en completa sumisión al Padre. El Hijo no hizo nada por sí mismo (Juan 5:19-20). Estaba transmitiendo lo que el Padre le había mandado decir (12:49). Él siempre hizo lo que agradaba al Padre (8:29). Cuando se encontró ante el desborde de la maldad de los hombres y el poder de Satanás, dijo: “La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (18:11). Era amable incluso frente a toda la violencia que afluyó contra él. “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de

sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Isaías 53:7).

Lo que se vio en Cristo debe verse ahora en nosotros. El apóstol Pablo dijo a los filipenses: “Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres” (Filipenses 4:5). Es nuestra conducta ante todos los hombres, creyentes o no, lo que está a la vista siempre. La mansedumbre se manifiesta en no insistir en la opinión propia o en lo que uno piensa que son sus derechos. Nos lleva a la calma y a la moderación, a retirarnos, a ocupar el último lugar, a ceder ante los demás, en la medida en que la fidelidad a Dios y a su Palabra no nos obligue a mostrar firmeza. Aquí se da un motivo poderoso para animarnos a tener esta mansedumbre: “El Señor está cerca” (v. 5). Podemos dejar de lado cualquier exigencia pensando en el día en que el Señor regrese y todo se pondrá en su lugar.

Esforcémonos en imitar en nuestro comportamiento algo de la ternura y la mansedumbre de Cristo. Lo que se interpone en el camino son los caracteres de la carne que está en nosotros: impaciencia, impetuosidad, obstinación, voluntad propia etc. Vemos esto en Pedro, durante los años que estuvo con el Señor en la tierra. Sus defectos a menudo provenían de la rapidez de la carne en manifestarse, a pesar de su ardiente amor por el Señor. Para que los rasgos de Cristo se manifiesten en nosotros, debemos aprender por experiencia

cuáles son los caracteres de la carne. Tenemos que descubrir, a veces a través de una disciplina dolorosa, que no hay nada bueno en ella. Pero recordemos que nuestro viejo hombre ya fue juzgado ante Dios en la cruz de Cristo. Fue juzgado y condenado para siempre. Dios nos considera muertos con Cristo. Él ha puesto su Espíritu en nuestros corazones, y este Espíritu tiene el poder de producir en nosotros el carácter de Cristo.

¡Que Cristo tenga el control total de nuestras vidas! ¡Que su voluntad nos guíe en todo momento! ¡Que sea el objeto de nuestros corazones! Por la operación de su Espíritu en nosotros, podemos ser más como él. Y recordemos estas palabras del apóstol: “llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2 Corintios 4:10).

Este pan tan liviano

Números 21:5; 11:6

Cuando el pueblo de Israel cruzó el Mar Rojo, entonó espontáneamente un hermoso cántico de alabanza. Pero tan pronto terminaron de cantar, comenzaron a

murmurar contra Moisés, diciendo: “¿Qué hemos de beber?” (Éxodo 15:24). Aunque habían sido esclavos bajo el yugo de hierro del Faraón, no estaban preparados para las pruebas del desierto; y como resultado, sus corazones se llenaron de rebelión y murmuraron.

Tres cosas amargaban su vida cotidiana, y todas ellas son muy instructivas para nosotros:

— En primer lugar, no había pan ni agua (Éxodo 15:24 y 16:2-3; Números 21:5);

— en segundo lugar, se cansaron del pan que Dios les proporcionaba, diciendo: “Ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos” (Números 11:6);

— y, en tercer lugar, anhelaban la comida de Egipto: primero sus “ollas de carne” (Éxodo 16:3), y más tarde, el pescado, los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos (Números 11:5).

Estas tres cosas juntas les resultaron tan insoportables que declararon varias veces que preferían volver a Egipto. “Estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos” (1 Corintios 10:11).

Sin pan ni agua (Números 21:5)

Su primer tormento fue no encontrar pan ni agua en el desierto. Como dice el salmista, encontraron “tierra

seca y árida donde no hay aguas” (Salmo 63:1). Habiendo salido de Egipto, imagen del mundo, es decir del hombre en su condición natural, habían perdido su alimento habitual; y el desierto en el que habían entrado carecía de todas las fuentes alimenticias que habían usado hasta entonces, así como de las que ahora necesitaban para su vida y sustento. Al cruzar el Mar Rojo habían perdido para siempre su antigua vida, la que Egipto alimentaba; y ahora poseían una nueva vida, cuyas fuentes estaban lejos del lugar que atravesaban.

Así es ahora para el creyente. No hay pan ni agua en el desierto para la nueva vida que tiene en Cristo resucitado. Hubo un tiempo, antes de ser hallado por la gracia de Dios, en el cual lo “llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9), cuando todas las fuentes de su vida estaban en el mundo; pero ahora el mundo se ha convertido para él en un vasto desierto, y debe aprender que este no puede ofrecerle nada: ni para sostener sus fuerzas, ni para refrescarle en su camino como peregrino. No es del mundo, como tampoco Cristo era del mundo (Juan 17:16); ha muerto al mundo con Cristo, así como ha resucitado con él. ¿Cómo pues podrá encontrar un alimento adecuado o saciar su sed en esos arroyos contaminados?

Estas verdades nos son familiares; pero para nuestros corazones es un desafío continuo ponerlas en práctica.

¿Nos damos cuenta habitualmente de que, aparte de las simples exigencias de nuestro cuerpo, el lugar de nuestra peregrinación no contiene nada para nosotros, nada que nos sostenga o reconforte? Por el contrario, nos ofrece todo lo que puede dañar la vida que tenemos en Jesucristo. Es de suma importancia tener siempre presente que en el desierto no hay pan ni agua para nuestras almas, pues pertenecemos a otro lugar. Cristo mismo, que está sentado a la diestra de Dios, es nuestra vida (Colosenses 3:1, 3-4), y es solo de allí, de donde podemos sacar nuestro alimento y nuestra fuerza. “Todas” nuestras “fuentes” (Salmo 87:7) se encuentran en un Cristo resucitado y glorificado. Solo con él “está el manantial de la vida” (36:9). El creyente que atraviesa el mundo en el poder de esta verdad, sin esperar más que trampas y peligros, se mantendrá separado de él. Será consciente de que su vida no tiene afinidad con nada de lo que le rodea. Y manifestará una vida alimentada desde lo alto que, brillando como una luz en la oscuridad moral de esta era, será un testigo para Cristo, un testigo de gracia y también del juicio venidero, que desdichadamente, habrá para este mundo.

Fastidio de este pan tan liviano (Números 21:5)

Lo segundo que les sucedió a estos peregrinos fue que se cansaron

del alimento que Dios les daba. Fue en respuesta a sus murmuraciones (pues aún no estaban bajo la ley, no habiendo llegado al Sinaí) que les había dado el maná, en su bondad y misericordia. “Toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto; y les decían los hijos de Israel: Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos; pues nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud” (Éxodo 16:2-3).

Semejante conducta merecía ser juzgada, pero Dios actuó con gracia, y por eso dijo a Moisés: “He aquí yo os haré llover pan del cielo” (v. 4). Y así lo hizo, día tras día, durante cuarenta años, hasta que cruzaron el Jordán (Josué 5:12). El maná era el alimento de Israel, alimento apto para el desierto, y se cansaron de él, hasta que se atrevieron a decir: “Nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano” (Números 21:5). El maná es imagen de Cristo, de un Cristo humilde, de todo lo que fue en su ternura, su gracia, y simpatía... en su paso por este mundo; de todo lo que, por tanto, necesitamos en el desierto como extranjeros y peregrinos. Cristo es, pues, en este carácter de verdadero maná, nuestro único alimento (véase Juan 6:35), el único “pan de vida” que puede sostenernos y fortalecernos. Le necesitamos

a Él y nada fuera de él; ya que es nuestra vida (Colosenses 3:4), solo él puede alimentarla.

Entonces, ¿cómo es posible que los creyentes se cansen de él?

Esto se debe a que tenemos dos naturalezas, la vieja y la nueva, y ambas “se oponen entre sí” (Gálatas 5:16-17). Entonces, si no andamos en el Espíritu, la carne manifestará sus deseos, y esta nunca ama a Cristo; “los designios de la carne son enemistad contra Dios” (Romanos 8:7). Es pues la carne la que se cansa de Cristo y, deseando su propio alimento, crea en nosotros una aversión por el maná celestial. La carne es sutil, y cuando actúa así en el creyente, generalmente logra ocultar su verdadero carácter. Sin embargo, la carne sigue siendo carne, cualquiera que sea la forma en que se exprese; y así como Satanás puede disfrazarse “como ángel de luz” (2 Corintios 11:14), la carne sabe adoptar las formas más piadosas. Por tanto, debemos estar alertas, no sea que caigamos también nosotros en el grave pecado de tener “fastidio de este pan tan liviano”.

Los signos de esta tendencia aparecen a menudo cuando menos lo esperamos. Por ejemplo, si preferimos un ministerio que apela al intelecto antes que al corazón y a la conciencia; si favorecemos la exposición de principios interesantes, en los que el hombre natural puede deleitarse, en vez de una simple

presentación de Cristo mismo; si no sufrimos la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, amontonamos maestros conforme a nuestras “propias concupiscencias” (2 Timoteo 4:3); si acudimos a libros que tratan de temas intelectuales o teóricos, en vez de privilegiar los que desarrollan la excelencia y la gracia de Cristo; si buscamos la compañía de aquellos con quienes tenemos mucho en común social y naturalmente, con preferencia a otros con quienes podríamos tener comunión espiritual, pero con quienes solo Cristo sería nuestro vínculo; si perdemos el interés por las Escrituras y —vale añadir también— la conciencia de nuestro carácter peregrino, y empezamos gradualmente a disfrutar de lo que nos rodea en este mundo: entonces es de esperar que empecemos a tener fastidio por “este pan tan liviano”.

Pero esta constatación puede traer efectos positivos. Preguntémonos entonces seriamente si estamos satisfechos con Cristo, plenamente satisfechos de él como alimento cotidiano. Hagámonos esta pregunta en nuestros hogares, nuestra vida social cotidiana, en nuestros momentos de ocio, cuando escuchamos la presentación de la Palabra, y cada vez que nos reunimos como iglesia. Una cosa es cantar:

*«Te pedimos toda gracia excelente:
Aliméntanos hoy con tu pan celestial»*

y otra cosa es hacerlo. Que el Señor nos guarde del grave pecado de perder nuestro apetito por él.

Nos acordamos de lo que comíamos en Egipto (Números 11:5)

Además, en el caso de los israelitas, había un intenso deseo por la comida de Egipto. ¿Cuántas veces recordaron con nostalgia las “ollas de carne”, “del pescado... de los pepinos, los melones, los puerros...” de Egipto? La pérdida del interés por Cristo es a veces la consecuencia, y otras la causa de buscar los alimentos apetecibles de Egipto. Pero seamos claros sobre lo que esto significa. Anhelar la comida de Egipto es, para el creyente, buscar los mismos placeres y diversiones que el hombre del mundo. El hombre natural tiene un alimento apropiado, en el que se esfuerza por encontrar su vida, así como el cristiano tiene el suyo. Si el creyente mira con deseo los placeres y diversiones sociales del mundo, si se deleita en lo que enorgullece al mundo —la pintura, la escultura, la arquitectura, la grandeza nacional—, si admira a sus grandes hombres en la ciencia, la filosofía, la literatura o el arte, si se interesa por la política y los conflictos partidistas, si alimenta su mente con libros seculares, si busca la compañía del mundo, sus modas, lujos y recompensas, si adopta sus hábitos y forma de vida, si, en resumen, se vuelve hacia una

de las fuentes de la tierra, una de sus fuentes de alegría, orgullo, placer o gloria, está, en realidad, buscando las “ollas de carne” de Egipto.

¿Qué debemos concluir de esto? ¿Estamos nosotros, usted o yo, en esta situación? No hay espectáculo más triste que el que ofrecen aquellos que una vez supieron lo que era alimentarse de Cristo, y encontrarlo todo en él, pero ahora se vuelven hacia las mismas cosas que habían rechazado gustosamente por amor a él. Andaban bien, pero los deseos de la carne, los deseos de los ojos o la vanagloria de la vida (1 Juan 2:16) vinieron a ser un obstáculo para ellos. Todo lo que no es Cristo, y de Cristo, es Egipto, y de Egipto. Así que necesitamos ser tan atraídos, poseídos y absorbidos por el Señor, de manera que cada uno de nuestros deseos sean satisfechos por él y en él.

E. Dennett

Hechos aceptos en el Amado

Vida práctica y posición cristiana

Con razón nos preocupamos mucho por nuestro caminar cristiano en la tierra. Dios desea que vivamos siempre en comunión con

él, y que nuestro cristianismo se vea en todas las circunstancias de nuestra vida. Como estamos expuestos a fallar, desgraciadamente lo hacemos y a menudo somos parcialmente conscientes de ello.

Sin embargo, para el creyente hay algo que no cambia, y se sitúa fuera de la vida cristiana práctica: es nuestra **posición** como hijos delante de nuestro Dios y Padre. Aquí no se trata de la manera en que desarrollamos nuestra vida de fe y de la forma en que nos comportamos, aunque estas cosas tienen su importancia.

La Palabra de Dios a menudo describe esta posición con las palabras “en Cristo” (Romanos 6:11, 8:1; 1 Corintios 1:2, 30). Nuestra posición en Cristo es inmutable y siempre perfecta, precisamente porque ella no depende de nuestro estado práctico. En la epístola a los Efesios, Pablo escribe al respecto: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (1:3-6).

Una mirada atrás

Si está escrito que somos aceptos (o “agradables”, versión francesa J.N.D.) en el Amado, es porque antes no lo éramos. La Palabra de Dios pronuncia un juicio inequívoco sobre nuestro estado antes de poseer la salvación. Estábamos “muertos en nuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1). “Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros” (Tito 3:3). Éramos “tinieblas” (Efesios 5:8), esclavizados a “la potestad de las tinieblas” (Colosenses 1:13). El contraste es muy grande; no podía ser mayor.

¿Cómo es posible que aquellos que estaban muertos en sus delitos y pecados ahora puedan ser aceptos para Dios? Es porque estamos “en el Amado”. Esto aleja nuestros pensamientos de nosotros mismos y los fija sobre Cristo.

El puro afecto de Dios

El puro afecto de Dios que descansa en Cristo descansa también en nosotros que somos hijos de Dios. Estamos, por decirlo así, envueltos de Cristo, del perfume de su persona como la fragancia del holocausto que en Levítico 1 subía hacia Dios

en “olor grato”. “Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:2).

Somos agradables en el Amado. El favor de Dios descansa en nosotros, de manera que le somos agradables ahora. Dios, no solo nos perdonó nuestros pecados, también puso fin a nuestra situación de enemigos. Ya sería mucho como expresión de su inmensa gracia hacia nosotros. Pero hizo aún más. Nos hizo aceptos para sus ojos santos. Serle agradables es muchísimo más que no ser más sus enemigos y pecadores.

En el Amado

¿Cómo es posible que ahora seamos aceptos a Dios y objetos de su complacencia? Es porque él nos ve en el Amado. Estamos enteramente “en Cristo”, de manera que, cuando Dios nos ve, él ve a Cristo. Nuestra perfecta aceptación por Dios descansa en lo que tiene más valor para su corazón, su Hijo amado.

Notemos las palabras empleadas. El apóstol no dice que hemos sido hechos aceptos o agradables en Cristo, o en el Hijo, que evidentemente también es verdad. Pero dice: “**en el Amado**”, en Aquel que es amado del Padre, en “su amado Hijo” (Colosenses 1:13). Este amor divino del Padre por su Hijo es el fundamento y la medida de nuestra aceptación por Dios.

¿Quién puede comprender la inmensidad de la diferencia entre lo que éramos y lo que somos ahora?

¡Antes, muertos en nuestros delitos y pecados, y ahora hechos agradables en el Amado!

El Padre ama al Hijo desde la eternidad. Jesús dice en su oración de Juan 17: “Me has amado desde antes de la fundación del mundo” (v. 24). Era el único que podía hablar así, porque, como pecadores, no teníamos el más mínimo derecho al amor de Dios. Y, sin embargo, en su gracia, él nos amó y dio a su Hijo “en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10).

Esto lleva nuestro pensamiento hacia la cruz del Calvario. Es allí donde Cristo sufrió el juicio de Dios contra el pecado y contra nuestros pecados, y lo glorificó perfectamente. Gracias a ello, podemos presentarnos ante Dios hechos aceptos. Por sus sufrimientos y su muerte por nosotros en la cruz el abismo infranqueable entre Dios y el pecador pudo ser abolido. ¡Antes muertos, hijos de ira, y ahora hechos agradables! Todo resulta de la grandeza y gloria de la obra del Señor Jesús en la cruz. Esta grandeza y gloria son el fundamento de todas las bendiciones que nos fueron dadas por gracia.

¡Que la meditación de estas cosas maravillosas llene nuestros corazones de adoración!

Hg. Brockhaus

Os llamó de las tinieblas a su luz admirable.

1 Pedro 2:9

Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas.

Salmo 126:5-6

Puestos los ojos en Jesús.

Hebreos 12:2

El Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Romanos 15:5-6

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **20 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2022-23. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
